

Vergüenza

La vergüenza es una voz recurrente que se instala en cada cavidad de tu ser y rebota como un eco eterno que se transmuta en nuevas voces.

Al principio, la resonancia era sutil, así que comencé a caminar deprisa, acelerar el paso para huir de ella, despistarla en cualquier esquina. Pero no era fácil, siempre se adelantaba a mis pasos, conocía mi geografía y aparecía en los lugares más insospechados. Cuando ganaba la batalla se pegaba como alquitrán recién arrojado. Así se iniciaba una lucha coreografiada de manos, llanto, bocas desencajadas y gritos en una superficie viscosa. Pero, aun cuando alcanzaba mi reconquista, se transfiguraba momentáneamente en rostros ajenos que afloraban aquella voz que cada día me parecía más y más mía.

Me acompañaba al cruzar las calles llenas de terrazas: ojos dalinianos se agolpan a mi espalda. Emergía en cualquier noche de sexo, cayendo como una gota de sudor frío, especialmente aquellas primeras noches cuando me hacían envidiar la oscuridad que sumía a los amantes en la época preeléctrica. Me acompañaba en la playa compartiendo la misma camiseta larga. Y hasta me aconsejó, en la mirada de mi madre, que me deshiciera de aquellos vellos impúdicos que sobresalían por mi lado púbico.

El caleidoscopio de miradas, voces, decepciones... se movía a gran velocidad. El combate comenzó una escalada de crueldad sin precedentes. El campo de batalla era mi cuerpo. La voz omnímoda aparecía en cada poro y grieta de mí piel, cada imperfección supuraba, de nuevo, esa sustancia viscosa que, amontonada, pesaba hasta hacerme prisionera en un mar de vertidos. Ya no caminaba rápido para vencerla, las huellas que dejaba a mi paso le pertenecían.

Entre tanto ruido sucumbí hasta dejarme mecer en ese basto océano ¿Qué era aquello cristalizado en la mirada de los demás sino mi reflejo roto? ¿Cuánto pesa el tiempo perdido, extraviado en ecos ininteligibles que repiten robóticamente un ideal heredado? Me asomé al abismo, aprendí de ella, la acuné cerca de mi pecho y emprendí un vuelo ligera, ahora, sin el equipaje de la vergüenza.

Jessica Dominguez



Alba Laina. *La vergüenza pesa menos de un gramo*, 2020. Granada.
<https://vimeo.com/440599596>

Me llamo Alba Laina, peso 60,8 kilogramos y mi vello y mi vergüenza peso menos de un gramo. Es realmente una cantidad insignificante para que sienta tanta vergüenza a comparación con el peso físico de mi cuerpo. Parece que estamos a menos de un gramo para sentirnos libres.

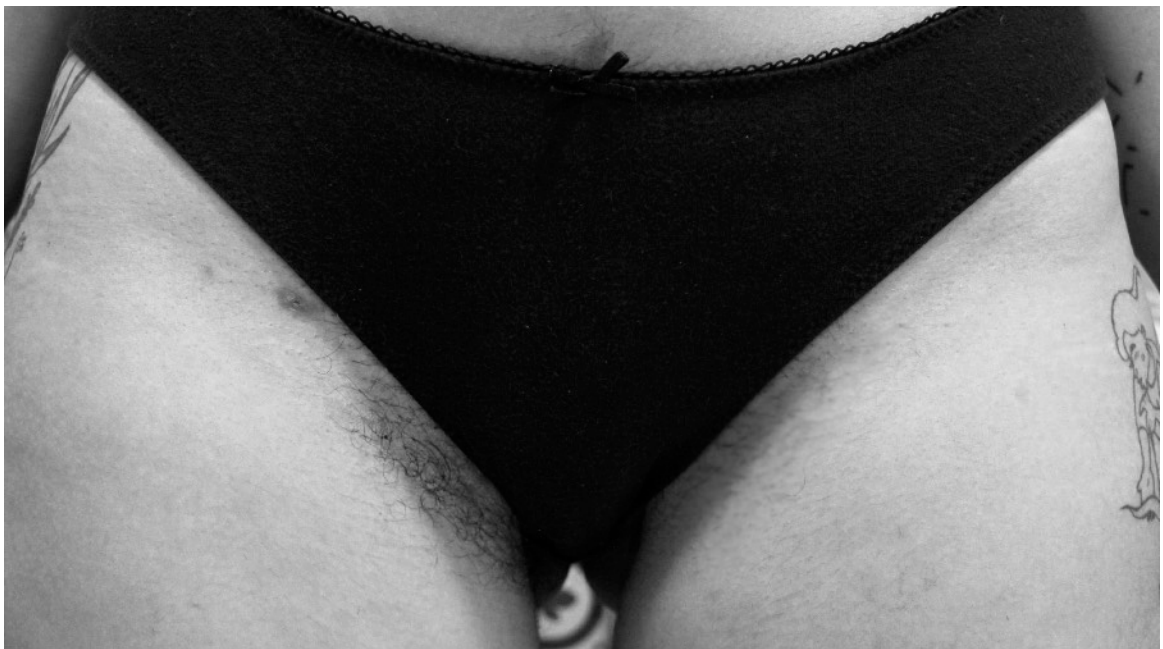
A través de conocer mi entorno encuentro mi cuerpo como un campo de batalla, es una guerra constante entre lo que soy y debería ser. La reivindicación del vello corporal hace que mi construcción individual de lo que soy carezca de importancia a través de las prácticas sociales tan cosificantes para la mujer, siendo la depilación una práctica de violencia disimulada. El pelo, nos da vergüenza, sentimos un rechazo inminente frente al espejo al verlo en zonas en las que se supone y se da por hecho que no debería estar ahí.

Pero, cuál es esa cantidad tan monstruosa que nos convierte en salvajes, brujas o histéricas. Cuánta es la cantidad de pelo que marca de forma tan violenta mi vergüenza y provoca esa repulsión hacia mi ser. La vergüenza pesa menos de un gramo es un trabajo consciente que realizo, después de llevar tres años sin depilarme. Me propuse tomar esta decisión, ya que nunca decidí depilarme, pero sí no hacerlo. Ahora tras un gran esfuerzo y sacrificio de modificar mi ideario de feminidad y el de mi alrededor, tomo consciencia y me depilo de forma atenta y observadora, un proceso que dejé de lado y que vuelvo a incorporar en mi ser para conocerme.



La vergüenza pesa menos de un gramo. Fotografía proceso.

Junto a mi compañero Diego Cacamut creamos un video-performance ilustrativo de mi depilación consciente, pasamos por todas las zonas en las que visualmente el pelo no se aprueba en el cuerpo de la mujer. El proceso fue tedioso, largas horas para desprenderme de mi naturaleza velluda, tiempo que pierdo en no ser yo y ser quien me dicen que debo ser. Me enfrento al acto de la



La vergüenza pesa menos de un gramo. Velluda vs depilada.

depilación frente a unos ojos masculinizados, y me sorprendo, después de tantos años con vello no me da vergüenza enseñar mi cuerpo tal y como es, esa barrera está superada, descubro que la vergüenza aparece en el acto, en la intimidad del proceso, tan asociada a las mujeres, que sea un

hombre quien observa la caída del pelo es lo que me hace reflexionar sobre mi construcción de ideales y principios. No es él, soy yo.

Mientras van cayendo los pelos la vergüenza se expresa en desnudez. Ya no soy la luchadora, la que reivindica el cuerpo como algo real y natural, vuelvo a ser la esclava social que este sistema me pide que sea. Y mientras acepto que me ha costado tres años estar cómoda con el vello, me desprendo del él y de mi lucha. Que tediosa la práctica y el esfuerzo de la paciencia en cada trasquilón que me autoinfrinjo. El pelo crea metafóricamente la vida eterna de ese vello-vergüenza ocultado a lo largo de la historia.

Me llamo Alba Laina, peso 60,8 kilogramos y mi vello y mi vergüenza peso menos de un gramo



La vergüenza pesa menos de un gramo. El peso del pelo de mi vergüenza.